

LA ÉTICA COMO FILOSOFÍA PRIMERA; LA PROPUESTA LEVINASIANA Y LA METAFÍSICA TOMISTA

ENEYDA SUÑER RIVAS

Emmanuel Lévinas' proposal of thinking of Ethics as the first Philosophy, substituting Ontology, has an enormous coincidence with Saint Thomas Aquinas's Metaphysics of *actus essendi*. The starting point of Lévinas' reflection is the being as an act, not in what it shows us, but in what it points out without manifesting it: the Infinite. The construction of a humanism which truly responds to what man is cannot overlook the alternative that Lévinas offers us, alternative that is also a possibility from a Metaphysics that considers being as an act, as the core of reality. Perhaps Ethics, as it is presented by Lévinas, is the other face of this Metaphysics.

*La noción tomista de esse es la última por definición ...
el fundamento de una metafísica para todos los tiempos.
Etienne Gilson*

Emmanuel Lévinas es un filósofo judío contemporáneo que desarrolla su pensamiento en un diálogo constante con la filosofía antigua, moderna y contemporánea, pero que prácticamente desconoce el pensamiento medieval, y concretamente el pensamiento de Tomás de Aquino. Sin embargo, se escuchan resonancias de la metafísica tomista del *actus essendi* a lo largo de sus obras, en su constante crítica a la ontología, y en la alternativa que plantea al proponer a la ética como Filosofía primera.

Más que resonancias, podemos decir que hay consonancias, puntos de encuentro fundamentales que nos pueden ayudar a recuperar otra vertiente del ser, no del ser que se manifiesta y que puede ser apresado como verdad, sino del ser que se nos escapa y que – al hacerlo – nos pone en nuestro lugar, ya que

la ciencia y la investigación progresiva del misterio del ser encuentran su justificación si se parte del reconocimiento fundamental de la zona de misterio del ser, donde cuando más elevado es el nivel del ser,

tanto más profundo y compacto deviene su misterio, pues, al aumentar la zona iluminada aumenta también la zona de obscuridad.¹

En el nuevo pensamiento judío, donde podemos ubicar el pensamiento levinasiano, nos encontramos con una fuerte crítica al *logos* de occidente, pues se considera que éste, en su afán de transparencia, se ha venido desarrollando – desde Jonia hasta Jena, diría Rosenzweig – de tal manera que ha culminado con el inmanentismo en la primacía del yo, y del yo egoísta y violento.

A este *logos*, el nuevo pensamiento judío opone el *audire*, la escucha de la Palabra con mayúscula, la escucha y la obediencia al Absoluto que – de manera privilegiada – se me manifiesta en el rostro del otro.

Desde el tomismo, la ciencia primera y fundante es la metafísica; con base en ella podemos hacer una antropología, que a su vez nos sustente una ética. Por ello, lo primero que debemos hacer es conocer la estructura de los entes en general; en un segundo momento, y utilizando las categorías anteriores, la estructura del ser humano; y en un tercer momento la del deber ser de lo humano. Sin embargo, Lévinas sostiene que la metafísica es en sí misma una ética.

Esto es precisamente lo que nos propone, propuesta que no está muy alejada de la metafísica tomista, ya que “la recordada distinción de *essentia* – *existentia*, se encuentra ... al centro de la determinación de la relación del hombre con la libertad y del fundamento último de ésta”.²

Lévinas sostiene que la relación ética por excelencia sólo se puede instaurar en el seno de una metafísica o, mejor dicho, que “la metafísica se desenvuelve en las relaciones éticas”,³ porque la metafísica es la relación con la exterioridad, entendida como superioridad, como Infinito.

Según el lituano, la metafísica no es el estudio del ser. El ser, entendido como lo que puede ser comprendido, iluminado por la inteligencia y, por lo mismo, absorbido por el yo, es objeto de la ontología. Y éste es un estudio que debe hacerse y cuya necesidad y conveniencia no está sujeta a discusión. Lo que sí es discutible es el primado de la ontología, entendido como la reducción del mundo a conceptos, primado de lo formal sobre lo real y que ha permeado a la filosofía occidental, sobre todo a partir de la modernidad.

Lo grave del asunto es que, al interpretar la realidad como concepto, a la larga terminamos siendo más fieles al concepto que a lo real, al grado de subordinar lo real al concepto. De esta manera dejamos abierta la posibilidad de toda clase de violencia a lo real, en nombre de cualquier ideología. Después de todo, el reino de la esencia abstracta es el reino de toda posibilidad. Aquí no hay ética; todo lo pensable es posible y, por lo

mismo, *puede ser* sin consideración alguna sobre el *deber ser*; lo único no considerado es lo absurdo.

Lévinas parece entender el ser como esencia, como concepto, como un contenido que – en el caso del ser humano – absorbe todos los otros contenidos que terminan siendo parte de la estructura del yo y anulan cualquier alteridad. A esto lo llama pensamiento egológico. Esto es muy importante: el ser es esencia y la esencia es algo que sólo se realiza esclareciéndose, manifestándose, estableciendo con el mundo relaciones de poder. Ella puede en el mundo, se lo posiona, establece en él su morada, se alimenta de él, y se da a conocer en él.

El pensar egológico es natural al hombre, y este pensar encerrado en sí mismo sólo puede ser abierto desde fuera, por el otro. Sólo el rostro del otro puede sacarme de mi ensimismamiento. Esto es así por la simple y sencilla razón de que yo no puedo sobre el otro. Hay algo en el otro, que precisamente lo constituye como otro, su interioridad, que escapa a mi poder. Yo no puedo absorber al otro; el otro se me impone en su alteridad, se me impone como lo no abaricable, como lo no asumible por el yo.

El otro “es la revelación de una resistencia a mis poderes, que no los hace fracasar, como fuerza mayor, sino que cuestiona el derecho ingenuo de mis poderes, mi gloriosa espontaneidad de viviente”.⁴ El otro no me ofrece una resistencia violenta y, cuando lo hace, es siempre dominable por una mayor violencia. La resistencia del otro consiste en su inapresibilidad, en ser la manifestación de una grandeza mayor que mi yo.

En este punto son particularmente evidentes las coincidencias con la metafísica tomista, sólo que tenemos que liberar al ser levinasiano de su conceptualización, la cual Lévinas recibe de sus coetáneos y que denuncia como reduccionista del hombre. Tenemos que rescatar al *actus essendi*, al ser como acto intensivo de lo real ya que “el ser mismo es lo más perfecto de todo porque se compara con todo, como un acto; pues ningún ser tiene actualidad sino en tanto que es. De donde se deduce que el ser es la actualidad de todas las cosas”.⁵

El ser es lo que hace ser a los entes. Los entes son algo determinado, tienen un modo específico de ser, pero su modo de ser es lo que llamamos “esencia” y ésta no es lo mismo que su acto de ser. De ser así las cosas, éstas serían por esencia, serían eternas y esto no es así. La esencia me da unas posibilidades concretas de ser, pero el acto de ser realiza esas posibilidades porque la esencia que no tiene un acto de ser, es nada. El acto de ser realiza las perfecciones que la criatura concreta puede desarrollar según su esencia, es un acto intensivo, permea o mejor dicho, sostiene y desarrolla todo lo que el ente es.

Lo primero que el acto de ser hace con las esencias es que existan. No es esto lo único que hace, pero sí lo más evidente, y precisamente por eso se ha llegado a confundir el acto de ser con la existencia. Pero aunque ser es efectivamente existir, ser es también vivir, entender, crecer, amar, y todas las perfecciones, todos los actos y las acciones de un ente, son un resultado de tener el ser.

De un tener el ser y no de un ser su ser, el ser se va manifestando en la realización de un ente, pero no se va agotando; permanece de alguna manera como la entraña misma de la realidad; como su motor, vemos el movimiento pero no el motor. Dice Santo Tomás de Aquino que

Dios produce este efecto en las cosas, no sólo en el primer momento de su existencia, sino mientras tanto las conserva ... por lo tanto, *interín* una cosa tiene existencia, es preciso que Dios esté presente en ella, conforme a su modo de existir. Y, como el existir es lo que hay de más íntimo en cada cosa y lo más profundamente unido ... se deduce que Dios está en todas las cosas íntimamente,⁶

sosteniéndolas en su ser. Parafraseando a San Agustín, podemos decir que Dios es más íntimo a nosotros que nosotros mismos; y, en ese sentido, hay algo de lo Infinito en el hombre, que le es más íntimo que su mismo yo: el ser del cual participa.

El ser creado de los entes permanece tan ignoto como su Creador y, en el caso concreto del hombre, es fuente permanente de novedad, de manifestaciones que desconocíamos. Cada hombre es una sorpresa del ser, porque cada hombre concreto es imagen del Ser por esencia, al que muestra y oculta simultáneamente.

Lévinas nos dirá que más allá de la significación de los conceptos, el hombre mismo es un signo para el otro, “no se interroga sobre el ente (sobre el ente humano) se le interroga, (y él) siempre nos da la cara”.⁷ El hombre mismo es el decir original anterior a todo lo dicho, ya que lo dicho siempre termina subordinándose a la coherencia y al tema. Y a este decir original yo no puedo dejar de responder. Yo soy responsable del otro, porque soy responsable ante el otro, porque el rostro me significa y no puedo ignorarlo.

Pero el rostro del otro me significa sin ser absoluta transparencia; es la epifanía de lo Infinito, y en cuanto tal el otro se me presenta como superior (aunque él también sea un yo), dándose en la alteridad una especie de curvatura del espacio que es una distorsión de la lógica, y que hace que yo vea al otro como superior. Esto es un milagro, es la presencia de Dios en el otro.

Dios es el Infinito, lo indefinible por naturaleza y el rostro de los otros es el lugar privilegiado de su manifestación y, como ya señalábamos, de su

ausencia. “La suprema presencia del rostro es inseparable de esta suprema e irreversible ausencia que funda la eminencia misma de la visitación”.⁸ En este sentido, “la comprensión del ser en general no puede dominar la relación con el otro. Esta domina a aquella”.⁹ Nuestro acercamiento a los modos concretos de ser, a las esencias – a través de las ciencias particulares y de la ontología misma – debe estar subordinado a nuestro acercamiento al más alto grado de ser que encontramos en la realidad: el otro.

Hay una primacía de lo ético sobre todo lo demás, en el sentido de que la dignidad eminente del otro me impone una responsabilidad que es previa incluso a mi libertad. “Este modo de responder sin compromiso previo – responsabilidad para con el otro – es la propia fraternidad humana anterior a la libertad”.¹⁰ Independientemente de que yo asuma o no mi responsabilidad con el otro, ella está ahí, porque el rostro del otro está ahí como aquello que en su desnudez e indigencia me manifiesta su altura y la realeza de su origen.

De hecho, mi propia libertad se me manifiesta como causada por algo que es más que el mismo yo. Como seres encarnados que somos, sólo sobrevivimos satisfaciendo nuestras necesidades, que pueden hacer que renunciemos a lo específicamente humano. Por ellas (por el hambre, el frío, el deseo sexual), el hombre puede ser animalizado, embrutecido al grado de traicionarse a sí mismo.

Como entiende Lévinas la libertad, esta se encuentra precisamente en la capacidad humana de posponer la traición. El hombre puede sobreponerse a tal grado a sus necesidades que puede renunciar a sí mismo – a su propia vida, incluso – antes que embrutecerse. Y esta capacidad de posponer la traición sólo se puede explicar por algo que trasciende al hombre – ya que el hombre ha renunciado a sí, no puede reducirse a él la causa que le provoca esta renuncia – por algo que es más grande que su mismo yo, y que se le manifiesta en primer lugar en los otros. No hay nada en este mundo capaz de hacernos renunciar al yo, excepto el rostro del Otro en los otros.

El Infinito que me llama, que me posee y que me trasciende, sólo se me muestra en la alteridad. Aunque toda la creación proclame la grandeza del Creador, nadie la proclama mejor que mi prójimo, cuando lo descubro como tal, cuando callo al yo egológico para poder escuchar el decir del otro en su discurso, cuando me dejo enseñar por el otro. Cuando, como dice el Aquinate, lo amamos verdaderamente como a nosotros mismos y “así lo hacemos si lo amamos por él mismo, no por nosotros”.¹¹

Construir un verdadero humanismo no puede pensarse sin partir del hombre concreto, del hombre como ser finito y como destello del Infinito.

Es asumir mi responsabilidad para con el otro por esa mi libertad que sólo puede ser investida como tal, por el otro y no desde el pensar abstracto sino desde el querer concreto, ya que “la apetición volitiva pone en contacto con lo concreto e individual, porque se tiende a los objetos tal como son en sí mismos, sin reducción alguna en su manera de estar en la realidad”.¹²

En la filosofía de Emmanuel Lévinas encontramos una alternativa a la visión reduccionista del hombre que es hija del racionalismo. Y dicha alternativa tiene mucho en común con una metafísica del ser como acto y no como mera abstracción ya que “como concepto el ‘ser’ es un pseudoconcepto, pero podría ser que el ‘ser’ escapara a la representación en virtud de su misma trascendencia”.¹³

No sólo tiene mucho en común, sino que esta metafísica viene a darle fundamento a una propuesta ética que reacciona contra el inmanentismo y contra el formalismo del ser – de cuya violencia Lévinas y su pueblo han sido muy especialmente víctimas – fundamento metafísico que de alguna manera el lituano intuye en su aproximación a la entidad del otro, pero que no sabe explicitar con claridad, lo que hace de su ética una propuesta que parece quedarse en el aire, sin asidero.

Pensamos que Lévinas entrevé esta metafísica porque después de todo, el de otro modo que ser (entendido el ser como concepto), según Lévinas, está más allá de la esencia, y lo único que hay más allá de la esencia en la estructura de este mundo creado, es el acto de ser, que es la energía de lo real, y este acto “es el verdadero *mediante* metafísico entre el infinito y lo finito”.¹⁴

Por todo esto nos atrevemos a afirmar que Tomás de Aquino ofrece la fundamentación metafísica a esta ética social, y la ofrece porque tiene el privilegio de pensar no sólo desde el *logos* de Atenas, que tanto preocupa al nuevo pensamiento judío, sino también desde el humilde *audire* de Jerusalén. Más aun, es este humilde *audire* al que Es por Esencia, el que guía y al que se subordina el *logos* de este cristiano que termina considerando su propio *logos* como paja, ante la Palabra del Infinito.

BIBLIOGRAFÍA

- Fabro, C., F. Ócariz, C. Vansteenkiste, A. Livi, *Las razones del tomismo*, Ediciones Universidad de Navarra S.A., Pamplona 1980.
- Forment, Eudaldo, *La Filosofía de santo Tomás de Aquino*, Ediciones Edicep, Valencia 2003.

- Gilson, Etienne, *El ser y los filósofos*, Ediciones Universidad de Navarra S.A., Pamplona 1985.
- Lévinas, Emmanuel, *Totalidad e Infinito*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1999.
- Lévinas, Emmanuel, *Humanismo del otro hombre*, Siglo XXI Editores, México 1993.
- Lévinas, Emmanuel, *De otro modo que ser, o más allá de la esencia*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1995.
- Santo Tomás de Aquino, *Los mandamientos*, Editorial Tradición, México 1983.
- Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Editorial Club de Lectores, Buenos Aires 1944.
- Von Balthasar, Hans Urs, *Gloria, una estética teológica, Tomo I*, Ediciones Encuentro, Madrid 1985.

¹ Von Balthasar, Hans Urs, *Gloria, una estética teológica, Tomo I*, Ediciones Encuentro, Madrid 1985, pp. 397, 398.

² Fabro, C., F. Ócariz, C. Vansteenkiste, A. Livi, *Las razones del tomismo*, Ediciones Universidad de Navarra S. A., Pamplona 1980, p. 28.

³ Lévinas, Emmanuel, *Totalidad e Infinito*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1999, p. 102

⁴ Lévinas, *op. cit.* p. 107.

⁵ *S.Th.*, I, q. 4, a. 1, ad. 3.

⁶ *S.Th.*, I, q. 8, a. 1.

⁷ Lévinas, Emmanuel, *op. cit.*, p. 71.

⁸ Lévinas, Emmanuel, *Humanismo del otro hombre*, Siglo XXI Editores, México 1993, p. 76.

⁹ Lévinas, Emmanuel, *Totalidad e Infinito*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1999, p. 71.

¹⁰ Lévinas, Emmanuel, *De otro modo que ser, o más allá de la esencia*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1995, p. 185.

¹¹ Santo Tomás de Aquino, *Los mandamientos*, editorial Tradición, México 1981, p. 53.

¹² Forment, Eudaldo, *La Filosofía de Santo Tomás de Aquino*, Ediciones Edicep, Valencia 2003, p. 181.

¹³ Gilson, Étienne, *El ser y los filósofos*, Ediciones Universidad de Navarra S.A., Pamplona 1985, p. 263.

¹⁴ Fabro, Cornelio, *et al.*, *op. cit.*, p. 68.